



Convergencia

Revista de Ciencias Sociales
Universidad Autónoma del Estado de México /
Universitat Jaume I / Fundación Caja Castellón-Bancaja, España
convergencia@uaemex.mx
ISSN 1405-1435
MÉXICO

2003

José María Tortosa Blasco

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL ENEMIGO

Convergencia, septiembre-diciembre, año 10, número 33

Universidad Autónoma del Estado de México /

Universitat Jaume I / Fundación Caja Castellón-Bancaja, España

Toluca, México

pp. 177-195



Red de Revistas Científicas de América Latina y El Caribe
Ciencias Sociales y Humanidades
<http://redalyc.uaemex.mx>

La Construcción Social del Enemigo

José María Tortosa Blasco

*Grupo de Estudios sobre Paz y Desarrollo (GEPYD)
Universidad de Alicante*

Resumen: En el artículo, con base en ejemplos tomados de la literatura, se parte de la constatación de que no todos los enemigos son contruidos socialmente y de que forman un conjunto heterogéneo que se intenta clarificar mediante una tipología inicial. El énfasis, de todas maneras, se hace sobre los enemigos contruidos; para lo cual se presentan los contextos en que es más probable que tal cosa suceda y los mecanismos más usuales en dicha construcción. El artículo termina con una aplicación de la construcción del enemigo al caso del Gobierno de los Estados Unidos bajo George W. Bush, en particular a su “estrategia para combatir el terrorismo”.

Palabras clave: conflicto, metaconflicto, violencia estructural, sumisión al grupo, liderazgo, proyección, enemigo, terrorismo.

Abstract: *This article, using examples taken from literature, will begin with the verification that not all enemies are constructed socially and that they form a heterogeneous group which intends to be clarified by an initial typology. In any case, a emphasis will be made concerning the constructed enemies, which presents the context in which most likely this notion will occur as well as the usual mechanisms in this construction. The article ends with an application of the construction of the enemy with an example, of the United States under the government of George W. Bush in particular his “strategy to combat terrorism.”*

Key words: *Conflict, metaconflict, violent structure, group submission, leadership, projection, enemy and terrorism.*

Ciertos indicios empiezan a apuntar peligrosamente a Irán, país contra el que se están dando ya algunos de los primeros pasos que condujeron a la invasión de Irak. ¿Se repetirán los mismos engaños y las mismas mentiras? Para que resulten de nuevo creíbles habrá que seguir insistiendo en la vigencia de esa guerra contra el terrorismo que proclamó Bush, sin fin previsible, a cuyo conjuro cesa toda crítica y se exalta la unidad ciega de todos tras el gobierno que se arroja en la bandera y convoca a la defensa de la patria. El resultado parece evidente: la guerra permanente requerirá el engaño permanente (Piris, 2003)

Enemigo, según el DRAE, es “el que tiene aborrecimiento a otro”. Su campo semántico incluye enemistad, animadversión, rivalidad, hostilidad, contienda... El otro sentido, el de “contrario en la guerra”,

no va a tomar en cuenta aquí ya que difícilmente es objeto de construcción social el ejército que se encuentra al otro lado de las trincheras: es real y dispara. Y es que hay enemigos reales, como también los hay contruidos socialmente sin base alguna o con una base muy exigua. Los indios americanos podían legítimamente ver como enemigos a los invasores tanto en el norte como en el sur del continente: venían a quitarles sus tierras, su libertad y su cultura en el mejor de los casos o, en el peor, a someterlos a formas directas o indirectas de genocidio. Directas para sustituirles, indirectas para explotarles de diversas maneras, incluida la sexual. El hombre blanco también podía ser visto como enemigo por los africanos a los que sus hermanos (y no por ello menos enemigos) entregaban para el tráfico de esclavos que trabó el sistema económico mundial en el triángulo mercantil que incluía a los seres humanos como pura mercancía sobre todo en los siglos XVI y XVII.

Enemigos no contruidos

Enemigos reales se pueden encontrar desde la esfera interpersonal hasta la internacional. Enemigo, en la escala de las relaciones entre personas, es el que te odia, quiere tus bienes, urde contra ti, te invade, desea tu mal, atenta contra tus intereses. Y lo hace de manera continua y hasta parece que sistemática. “Va a por ti”. Las raíces son muy diversas. Envidia y codicia, pero también magalomanía, psicopatía, arrogancia, prepotencia, conciencia del propio derecho pero no de las obligaciones, sentimiento de ser (pueblo, grupo, hombre) elegido o porque te ve como representante de todo aquello contra lo que él/ella lucha o ha luchado o cree luchar. Y, por supuesto, puede ser tu enemigo porque, antes, haya sido objeto de actitudes y comportamientos como los que ahora tú ves en él. Si tú le has quitado lo que él ve como legítimamente propio, lo has hecho mediante la fuerza o con prepotencia, has añadido desprecio y, ya puestos, has introducido algo de violencia física, el otro tiene razones de peso como para considerarte su enemigo, reaccionar con comportamientos semejantes contra ti y entablar una relación inamistosa suficientemente estable como para que ambos se consideren mutuamente como enemigos. Reales, porque él seguirá intentando hacerte el mal (venganza, reciprocidad, agresividad producida por la frustración que tú le he causado) y lo mismo harás tú. En *Las mil y una noches* (Robles, 1957)

se dice que aquel que vive después de la muerte de su enemigo, aunque sea sólo un día, ha alcanzado su meta.

La literatura abunda en ejemplos de enemigos reales. Catilina, si hemos de hacer caso a *La conjuración de Catilina* de Salustio y no sólo a las *Catilinarias* de Cicerón, era un enemigo de la Patria e inició sus manejos en el 63 AC. *Macula insedit et inveterabit*. Quería para Roma un mal que los bienpensantes pretendían a toda costa evitar: “quítate tú, que me voy”. Salustio (1988) lo describe así:

Lucio Catilina, nacido de linaje noble, fue hombre de gran fortaleza, física y anímica, pero de temperamento depravado e inclinado al mal. Desde su adolescencia le fueron gratas las guerras intestinas, las matanzas, los expolios, la discordia civil, y en ellas ejerció su juventud. Su cuerpo era capaz de soportar hambre, frío, vigiliass..., por encima de lo que se podría creer. Su espíritu, temerario, trapacero, voluble, capaz de fingir y disimular cualquier cosa. Codicioso de lo ajeno, derrochador de lo suyo. En sus pasiones, ardiente. De elocuencia, lo justo; de prudencia, poca. Su espíritu insaciable ansiaba siempre lo desmesurado, lo increíble, lo que estaba demasiado alto. Después de la tiranía de Lucio Sila, se había apoderado de él un ansia irrefrenable de conquistar la república, y no tenía el menor reparo en utilizar los medios que fuera con tal de hacerse con el poder absoluto. Su espíritu feroz se soliviantaba más y más cada día a causa de la pobreza de su patrimonio familiar y del remordimiento de sus crímenes, que en ambos casos iba haciendo crecer con los medios que anteriormente he mencionado. Lo incitaban, además, las costumbres corruptas de la ciudad, costumbres que echaban a perder dos vicios pésimos y contrapuestos: el lujo y la avaricia.

Había, pues, un conflicto: varios actores querían los mismos bienes de manera incompatible y luchaban por conseguirlo. Enemistad es estar en bandos diferentes.

Voltaire, en su *Diccionario filosófico* (1976), dice al respecto:

La conjuración de Catilina produjo en Roma la mayor perturbación y la puso en inminente peligro. Esta conjuración fue preciso terminarla con una batalla tan sangrienta, que no ofrece la historia ejemplo de semejante carnicería, ni de valor tan intrépido. Los soldados de Catilina, después de matar a la mitad del ejército de Petreyo, murieron todos uno tras otro, y Catilina espiró acribillado de heridas sobre un montón de cadáveres, que se encontraron todos con el rostro vuelto hacia el enemigo. No fue un complot fácil de desconcertar. César, que lo favoreció, aprendió en él a conspirar algún día con mejor éxito contra la patria.

La enemistad no era una invención ni una construcción social: era algo muy real que suele tener que ver con conflictos de índole muy variada (conflictos económicos sobre los recursos, conflictos políticos

sobre el poder o conflictos simbólicos sobre intangibles como el prestigio, la verdad indemostrable o la estima).

Hay un tipo particular de conflictos: los que se estabilizan con el tiempo y hacen que una de las partes consiga, de manera relativamente estable, la satisfacción de sus fines. En el vocabulario acuñado por Johan Galtung, serían los casos de violencia estructural. En los distintos casos que pueden presentarse de violencia estructural (Tortosa, 2003), se pueden ver con cierta claridad enemigos de un tipo distinto al que aparece cuando se considera un conflicto concreto por conseguir un bien concreto. Género, clase, nación, “raza”, grupo de interés son los campos en los que suele aparecer un enemigo porque éste satisface sus intereses de manera sistemática a costa del otro. Pero también el “norte” puede ser visto como enemigo del “sur”.

La violencia con que terminan novelas como *Raza de bronce* del boliviano Alcides Arguedas o *Huasipungo* del ecuatoriano Jorge Icaza indica la presencia de una violencia estructural, corregida y aumentada después de la Independencia, de los blancos contra los indios¹ que hace que, cuando éstos se rebelan, como en la novela de Icaza (1934), “no era el hambre de los rebeldes que se dejan morir. Era el hambre de los esclavos que se dejan matar saboreando la amargura de la impotencia”. Por contrario, si, por un lado, como dicen los zapatistas: “el enemigo tiene muchas caras: despojo, esclavitud, explotación, miseria, ignorancia, desempleo...”, es comprensible que para los terratenientes que ven peligrar su propia situación económica y política esos mismos zapatistas sean el enemigo, enemigo que hay que batir, bien mediante la movilización de las fuerzas del gobierno central o mediante la creación de fuerzas paramilitares *ad hoc* y, a su entender, en legítima defensa.

Los Montescos y los Capuletos de *Romeo y Julieta* son otro tipo de enemigos: son los que, en el vocabulario de Johan Galtung, se encuentran en un metaconflicto, en una espiral de acción y reacción

¹ Cuando Jorge Icaza publicó *Huasipungo*, los terratenientes, la Iglesia y los opulentos de Ecuador se escandalizaron ante el terrible argumento de la novela, pero ningún latifundista, cura o empresario dio muestras de conmoción frente al panorama de explotación, humillación y exterminio del que fueron —y son— víctimas los campesinos, los indios, de las sierras andinas de Ecuador, Perú y Bolivia, (Sepúlveda, 2001: 73).

cuyo origen nadie recuerda, pero que hace que la mera visión de un Montesco por parte de un Capuleto lleve a la agresividad y, de hecho, a la agresión. Enemigos son y, por tanto, se espera de ellos un comportamiento violento con respecto al otro. En la versión de Gounod, Romeo y Julieta se sorprenden, en el primer acto, de haber hablado con un enemigo. Porque los enemigos son para siempre. Y el mismo Teobaldo está a punto de estropear la fiesta y atacar a Romeo. En la versión de Shakespeare de 1595, la obra comienza, precisamente, por el encuentro casual de las dos bandas y por la violencia que genera entre sus miembros, que producirá más violencia subrayando el carácter inamistoso de la relación, que llevará a nuevas muertes que apuntalarán la enemistad y así sucesivamente. No se puede negar que Montescos y Capuletos son enemigos, a pesar del amor, trágico por necesidad, que nace entre dos de sus respectivos vástagos. "*The fearful passage of their death-mark'd love, / And the continuance of their parents' rage / Which, but their children's end, nought could remove, / Is now the two hours' traffic of our stage*".

Pero hay más. Es el caso de *Mil novecientos ochenta y cuatro*, la novela de George Orwell. Escrita en 1948 y situada en la fecha que le da título, no puede ser considerada profecía sino distopía, ese recurso retórico que, al igual que la utopía, persigue describir las condiciones presentes mediante la exageración de sus elementos negativos (la distopía de Orwell en el siglo XX) o mediante el contraste con situaciones totalmente diferentes que ponen de relieve los males presentes (la utopía de Tomás Moro en el siglo XVI). Winston Smith, el protagonista, tiene dudas, con razón, sobre la verdad en el mundo que le rodea.

En este momento, por ejemplo, en 1984 (si es que era 1984), Oceanía estaba en guerra con Eurasia y aliada a Estasia. En ninguna declaración pública o privada se admitía que esas tres potencias se habían alineado de diferente manera en distintas épocas. En realidad, como Winston bien lo sabía, hacía sólo cuatro años que Oceanía había estado en guerra con Estasia y aliada con Eurasia. Pero eso era tan sólo una fracción de conocimiento furtivo, provocada porque su memoria no estaba satisfactoriamente controlada. Oficialmente, el cambio de aliados nunca había acontecido. Oceanía estaba en guerra con Eurasia; por lo tanto, Oceanía había estado siempre en guerra con Eurasia. El enemigo actual representaba siempre el mal absoluto y de ello se

derivaba que cualquier acuerdo con él, pasado o futuro, era absolutamente imposible.

El caso al que se refiere Winston puede aplicarse a la enemistad entre el Partido Popular y el Partido Nacionalista Vasco en la segunda legislatura del primer partido, la de la mayoría absoluta, y al olvido por ambos partidos del tiempo que estuvieron, con sus mismas ideas españolistas y *abertzale* respectivamente, en alianza en el gobierno central. O puede aplicarse a la enemistad mostrada por algunos gobernantes del entorno de George W. Bush hacia Sadam Husein, su partido (el *Baaz*) y sus políticas opresivas y represivas a la par de amenazantes mediante el posible uso de armas de destrucción masiva. Donald Rumsfeld, en su momento, pero también José María Aznar, recibían o visitaban, a finales del siglo XX, a representantes del Baaz, se entrevistaban con Sadam o sus ministros y miraban hacia otro lado cuando se trataba de la represión contra kurdos o chiítas. A principios del siglo XXI esos aliados se convirtieron en enemigos por motivos que nada tienen que ver con la realidad de sus posiciones, con el contenido de sus propuestas o con determinadas acciones, y fueron presentados como enemigos *precisamente* por esas proposiciones, propuestas o acciones que en nada habían cambiado en el momento de encontrarlos como enemigos y que seguían siendo idénticas al momento en que se encontraban en alianza.

Es de esta enemistad por manipulación de la que se va a hablar aquí. Y aquí sí puede hablarse de construcción social de dicha relación o percepción. La base era la misma (eran nacionalistas, o dictadores), pero había razones para presentarlos de otra forma (governabilidad, contención de Irán), para lo cual, la manipulación a la que se refiere Alberto Piris en la cita inicial se hace evidente.

Un caso especial lo suponen los talibanes en Afganistán que han sido aliados de los Estados Unidos mientras estaban, ambos, enfrentados a la Unión Soviética; después fueron enemigos mientras duró el ataque a Afganistán y la imposición del gobierno de Karzai en Kabul y la tolerancia a la Alianza del Norte; y, a lo que parece, han vuelto a establecer negociaciones, de nuevo, con el gobierno de los Estados Unidos para dar un mínimo de estabilidad al país y reducir la particular “guerrilla” de *hit and run* a la que se tiene que enfrentar el ejército de ocupación estadounidense allí como en Irak (Tomasky, 2003). Parece claro que el caso muestra lo borrosas que son las

fronteras entre los tipos recién esbozados: no parece que se pueda clasificar como un caso de enemigo por metaconflicto, pero hay una mezcla de enemigo por conflicto, enemigo por violencia estructural y enemigo por manipulación, que hacen difícil su clasificación en cualquiera de ellos con exclusividad.

Todos los enemigos (también los contruïdos) pueden acabar siendo reales: los que tienen base real como los que son resultado de una construcción y su base inicial era, en el mejor de los casos, muy escasa. Definir a alguien como enemigo en la primera acepción de la palabra es una forma relativamente eficaz de convertirlo en enemigo en el campo de batalla, por aquello de que si los actores sociales definen una situación como real, ésta será real en sus consecuencias. El caso más evidente es el progresivo antiamericanismo en amplias capas del mundo árabe, motivado, en buena parte, por la definición que se hizo de los árabes como enemigos de los Estados Unidos, es decir, del pueblo estadounidense. Umberto Eco (2003: 12) decía:

Quienes criticaban la guerra, más allá de cualquier consideración moral y civil sobre el concepto de "guerra preventiva", sostenían que un conflicto en Irak probablemente aumentaría la tensión terrorista en el mundo en lugar de disminuirla, porque empujaría a gran parte de los árabes, que hasta entonces mantenían sus posiciones relativamente moderadas, a odiar a Occidente, suscitando así nuevas adhesiones a la Guerra Santa. Y bien, hasta ahora el único resultado tangible de la guerra han sido las brigadas voluntarias de presuntos kamikazes que se trasladaron desde Egipto, Siria y Arabia Saudita hacia las trincheras de Bagdad. Un primer síntoma preocupante.

Una última observación: como en todo lo que se refiere a la política (y estos asuntos *son* política), conviene distinguir, en la medida de lo posible, entre las verdaderas razones que mueven a los actores por un lado y, por otro, la retórica que acompaña a su comportamiento. Más de un caso podría ponerse en el que la retórica llevaba a pensar que había un determinado enemigo, cuando la realidad mostraba que el enemigo era otro. Los talibanes primero y el Baaz después podrían ser un ejemplo de estos enemigos "ultraconstruïdos".

Para qué sirve un enemigo

Partiendo de las observaciones que Georg Simmel hiciera en 1904, Lewis Coser (1956) formalizó las funciones que tiene el conflicto social en general y la existencia de un enemigo en particular. De esta obra son relevantes tres de sus proposiciones:

Proposición 9: Los conflictos con grupos extraños aumentan la cohesión interna. Todo grupo humano vive bajo la amenaza de su desaparición y disgregación. Sin embargo, cuando el grupo entra en conflicto con ajenos, el grupo se revigora. Una cuestión sobre lindes, un problema por el reparto de aguas o un trasvase de las mismas, un ataque inesperado más o menos espectacular, generan inmediatamente una reacción en el grupo que “cierra filas”.

Proposición 11: La búsqueda de un enemigo externo fortalece la cohesión. Puesto a la inversa: un grupo que tiene problemas internos tiene una solución fácil a su alcance, a saber, la de encontrar un enemigo externo reconocido como tal por todos y que cumpla con la función de que se olviden de las diferencias internas, de los ganadores y perdedores, de los conflictos propios de todo grupo y toda asociación humana y se vean como unificados (desde ser “unos en Cristo Jesús” al “somos una nación”, *Wir sind das Volk, wir sind ein Volk*).

Proposición 12: Si la meta es colectiva e impersonal, la lucha es más intensa. Un enemigo abstracto (el comunismo, la globalización, los inmigrantes, el terrorismo) produce una reacción más intensa, aunque la personalización del enemigo sea un elemento importante para la manipulación en un mundo dominado por las imágenes. Precisamente, de lo que se tratará será de hacer ver, con imágenes dramáticas y expresivas, que las personas concretas forman parte de una trama mucho más general y abstracta (Davos, Bilderberg, protocolos de los Sabios de Sión, la CIA, los anarquistas, los antiglobalización, el imperialismo, el fundamentalismo).

Lo que normalmente, e ilegítimamente, se llama “victimismo nacionalista”, encaja en estas proposiciones: los líderes preocupados por la “construcción nacional” (es decir, la cohesión de un grupo en términos de sus pretendidas características culturales o sus pretendidos destinos políticos) encuentran rentable la búsqueda del enemigo exterior (los que nos agreden, los que nos dificultan la dicha “construcción”, los que nos oprimen, reprimen o explotan) y del enemigo interior (quinta columna, auto-odio, traidores, librepensadores). Por poner el ejemplo del incipiente nacionalismo valenciano de los años 70 y 80, su división interna estaba, precisamente, en saber quién era exactamente el enemigo externo, si eran los catalanes imperialistas y expansionistas o eran los castellanos imperialistas y expansionistas. Precisamente por no haberse puesto de

acuerdo sobre quién debía ser considerado enemigo (con independencia de cuál fuese la realidad objetiva, si es que tal cosa tiene sentido en este campo) no consiguieron la cohesión alcanzada en otras zonas del hoy Estado español.

El nacionalismo estatal también sabe utilizar estos instrumentos. Fue el caso, por ejemplo, de la invasión argentina a las islas Malvinas (Falklands para sus habitantes) de 1982, haciendo de la lejana Inglaterra un enemigo exterior que ocultara los fracasos internos, las fracturas sociales y los problemas no resueltos por la Junta Militar del momento. El franquismo lo utilizaba respecto a Gibraltar. El régimen marroquí lo usó, con éxito, para el Sahara español y lo puede utilizar en cualquier momento con los enclaves de Ceuta (Sebta) y Melilla.

Pero la búsqueda, más o menos conciente, del enemigo para cohesionar al grupo no aparece sólo en los aledaños del Estado. Muchos otros grupos la usan para cohesionarse: asociaciones de gitanos, partidos políticos, organizaciones religiosas.² De todas formas, la búsqueda del enemigo tampoco se reduce a un instrumento para dar cohesión a un colectivo.

Las formas más frecuentes

El animal humano tiene en común con otros animales la desconfianza (si no el rechazo) del diferente, rechazo que se supera con el conocimiento del otro. El otro-desconocido es algo cuyo comportamiento es difícil de predecir y ese temor ante lo desconocido y ante sus posibles reacciones interviene en este estado de intranquilidad con que se inicia cualquier encuentro con el Diferente, es decir, con el no tan fácilmente previsible. Esta reacción inicial puede cristalizar en un prejuicio si las experiencias negativas con el Diferente

² Es posible que una de las diferencias importantes entre las reacciones del Partido Laborista inglés y del Partido Popular español ante los ataques de sus respectivas oposiciones parlamentarias a propósito de sus respectivos líderes en torno la Segunda Guerra del Golfo tenga que ver no sólo con la particular estructura de ambos partidos y las diferencias en el sistema electoral (y, por tanto, en el modo de decidir quién va a volver a ser candidato), sino en la distinta percepción de la amenaza que tuvieron ambos partidos: el Partido Laborista, que no se veía amenazado por las críticas, pudo tener dimisiones y bajas; el Partido Popular, en cambio, reaccionó cerrando filas porque percibían la crítica como parte de un ataque más amplio al partido.

se acumulan (sean reales, imaginadas o presentadas por los medios de comunicación como reales y frecuentes). También en este caso la situación es superable: mayor conocimiento, información menos sesgada, distinción entre comportamiento individual y supuesto comportamiento de todos los miembros de un grupo más o menos construido. Pero también esta situación puede dar paso a la creación de un enemigo (Tortosa, 2000: 99-112).

Una primera vía es propia de los momentos y circunstancias en las que predominan los sentimientos de insatisfacción e inseguridad (miedo a caer en la pobreza, miedo al desempleo, miedo a no poder llegar a fin de mes, miedo a no tener una jubilación decente). En tales casos, los individuos están dispuestos a aceptar cualquier explicación mínimamente plausible, a ser posible simple e incluso simplista, y mejor si encaja con sus prejuicios pre-existentes. Puede decirse que ese “enemigo”, causante de todos los males, cumple con la función de hacer el mundo más comprensible. Son las frases del tipo “toda la culpa la tienen X” y en X se puede poner cualquier grupo humano, político, religioso, “étnico” o “racial”.

Una segunda vía, con muchos elementos en común con la anterior, se produce en situaciones de profunda frustración entre los miembros del grupo. La frustración, por lo general, produce agresividad y los individuos pueden dirigirla contra sí mismos (eso es, al fin y al cabo, una depresión, enfermedad moderna donde las haya) o contra un objeto exterior que se les presente de manera creíble y aceptable. Ese Otro ya no será sólo el que permite entender los males del mundo ya que es su supuesto causante, sino que permitirá la descarga de pulsiones agresivas directas o simbólicas. Tal es el caso, por ejemplo, de las reacciones populares estadounidenses a propósito del “11 de septiembre” y tal es el caso de los linchamientos que jalonan la prensa de algunos países (González, 2001). La frecuencia de linchamientos en determinadas zonas parece indicar que la respuesta a la agresividad producida por la frustración es un comportamiento aprendido,³ pero que refleja tensiones colectivas que se descargan mediante este tipo de

³ También es aprendido el comportamiento del maltrato en el seno de la unidad doméstica: los maltratados tienden a ser maltratadores, una vez cambian las tornas. Pero no es un destino inevitable: (Cyrulnik, 2002).

crimen. Lo mismo sucede con los suicidios, no sólo por su frecuencia diferente de país a país, sino por el “efecto demostración” que parecen manifestar: el medio aplicado para quitarse la vida es también aprendido y tiende a repetirse.

Hay una tercera vía para la búsqueda y hallazgo del enemigo y es la de la competencia económica clásica. Sus posibilidades son muy variadas. Puede darse, por ejemplo, competencia dentro de la clase obrera por conseguir empleos de baja cualificación entre inmigrantes y locales. Por cuestiones relativas a la cohesión del grupo, la inseguridad o la frustración, los inmigrantes pueden ser tomados como objeto de agresión, convertidos en enemigos. Hay también situaciones peligrosas entre minorías de clase media y sus clientes como fueron los judíos en la Europa pre-nazi, los chinos en el sureste asiático o los indios en África oriental: pequeños tenderos que venden de fiado, pequeños prestamistas a la búsqueda del interés, profesionales —abogados, por ejemplo— que intervienen en la vida de sus clientes, forman grupos contra los que, bien presentados, puede transformarse la diferencia en enemistad y la enemistad en progromos y limpiezas étnicas (como fueron, en la Indonesia posterior a la “crisis asiática” de finales de 1997, los ataques contra indonesios de rasgos y apellidos chinos o contra los católicos).

La competencia puede entablarse también a propósito del acceso a los bienes del Estado (entre ellos, la función pública). En momentos de contracción de la actividad económica general, el acceso a dichos bienes se hace particularmente importante y la tentación de “etnicizar” dicho acceso es comprensible y los requisitos lingüísticos aparecen como respuesta inmediata. En buena parte, la enemistad entre tamiles y cingaleses en Sri Lanka tiene que ver con la pretensión de estos últimos de reservarse los puestos de funcionario en la administración del Estado.

En general, estos casos se convierten en particularmente propensos a la “enemistad” cuando la estratificación social y la “étnica” se solapan y la “lucha de clases” (de los de arriba contra los de abajo, que es la situación normal) adquiere tintes de “choque de civilizaciones”, mucho más abstracto y, por tanto, más proclive al endurecimiento y el paso de la diferencia a la enemistad y de ésta a la violencia.

Los mecanismos

Hay, como se ha dicho, enemigos personales, personas que, por cuestiones de conflictos, violencia pasada, daños recibido y percepciones mutuas más o menos fundamentadas, tienen entre sí sentimientos negativos e incluso agresivos (simbólica, verbal o físicamente). No se construyen socialmente, a no ser que se recurra a teorías psicológicas muy particulares y se acabe encontrando la construcción social. Es, con toda probabilidad, una construcción personal aunque en algunas culturas hay mecanismos que dificultan la aparición de enemigos mientras que en otras parece como si sucediera lo contrario, al margen del carácter más o menos conflictivo o inamistosos que tenga cada persona concreta.

Existen, para lo que se refiere a la construcción social *stricto sensu*, dos mecanismos particularmente interesantes para entender cómo se puede conseguir un enemigo sin necesidad de que lo sea. O, mejor dicho, cómo se puede definir a una categoría social, grupo, nación o país como enemigo consiguiendo que efectivamente lo sea aunque la base empírica para ello fuera muy escasa (Tortosa, 2002).

El primero, según el título del clásico de Milgram (1980), es la “obediencia a la autoridad”. A lo que parece (y hay evidencia empírica abundante que lo apoya) los seres humanos, en condiciones apropiadas, son capaces de las mayores barbaridades si el que se lo ordena es visto como autoridad legítima, próxima y... deseada. Freud lo había teorizado en su *Psicología de masas y análisis de Yo*: Los seres humanos pueden ceder parte de su Yo a una entidad externa en la que se reconocen y que les permite reconocerse como miembros del grupo. De hecho, observa Freud, los fenómenos de pánico en el ejército son más frecuentes cuando se ha roto la comunicación con la Autoridad. Pero volviendo a los experimentos de Milgram que recoge Grossman (1995) en su libro sobre el entrenamiento de los soldados para que sean capaces de matar al enemigo, si una persona reconoce a una autoridad como legítima y tiene interiorizados los motivos para obedecerla (incluye el principio de “obediencia debida”), no tendrá muchos

problemas en aceptar la existencia de un determinado enemigo si la persona en cuestión se encuentra en las condiciones apropiadas.⁴

El líder no tiene por qué ser una persona sensata. Puede ser un psicótico o un magalómano y embarcar a un país en una lucha a muerte contra un enemigo ficticio. O puede ser un digno representante del “hobbesianismo maquiavélico” y proyectar hacia el exterior los fantasmas del interior, consiguiendo así cohesionar al grupo y garantizarse la permanencia en el cargo. Con un apoyo apropiado de los medios de comunicación, no hay por qué no creer a Goering cuando, en Nuremberg, decía: “La gente común no desea guerra [...]. Eso es obvio. Pero, a fin de cuentas, son los líderes de un país quienes determinan la política, y siempre es una simple cuestión de arrastrar a la gente, tanto en una democracia como en una dictadura fascista; tanto en un parlamento como en una dictadura comunista”. Ante la observación de que en una democracia la gente puede opinar a través de sus representantes electos y que en Estados Unidos sólo el Congreso puede declarar una guerra, añadió: “con voz o sin voz siempre se puede arrastrar a la gente hacia los intereses de los líderes. Es fácil. Lo único que hay que hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por falta de patriotismo y por poner en peligro a la nación. Funciona igual en cualquier país”(Greenberg, 2003).⁵

El segundo mecanismo es la sumisión al propio grupo. Ante situaciones relativamente ambiguas, los individuos tienden a someter su juicio al del grupo incluso si lo que ven no coincide con lo que el grupo dice: prevalecerá la opinión del grupo (Sherif, 1935; Merton, 1964). Si el efecto autocinético de Sherif es todavía comprobable mediante mediciones aunque sean burdas, es fácil darse cuenta de que, ante fenómenos más complejos como puede ser la enemistad, el individuo tenderá todavía con más motivo a la conformidad, y más si se le explica, a la manera goebelsiana, que es la existencia del grupo lo que está en peligro.

⁴ Como en el caso del maltrato familiar, aquí también es particularmente interesante el estudio de los desobedientes: supone un determinado tipo de personalidad con un sistema de valores muy asentado (la firmeza de principios es, en el amigo, algo positivo; en el enemigo se ve como obcecación y rigidez).

⁵ Conversación entre Hermann Goering y Gustave Gilbert y Traducida por Eva Greenberg para *La Insignia*.

Algo parecido parece suceder con las distintas formas de ortodoxia, comenzando por la religiosa (Deconchy, 1980). Cualquier ortodoxia no es más que en anclaje, en un grupo, de ideas que no pueden ser discutidas por métodos intersubjetivos. La única forma de sentirse “confirmado en la fe” es compartiéndola en el grupo (la célula comunista, la *shanga* budista), con lo que el grupo se convierte en la fuente de la creencia y de la presión no sólo a seguir creyendo sino a hacerlo en la manera “correcta”, ortodoxa.⁶

El comportamiento que resulta es previsible si el sometimiento es a un grupo que tiene su enemigo, rechaza al diferente y ataca la distinto.

Las formas más peligrosas

Ante problemas inmensos y dramáticos que generan niveles altos de ansiedad (inseguridad, frustración) pueden las personas retirarse a la pasividad y a la búsqueda de la tranquilidad sea por medios físicos (drogas legales e ilegales) sea por otros medios (espectáculo, distracción, diversión); pueden entrar en la desesperación y el sentido de la impotencia; o pueden encontrar un líder que sea capaz, con la ayuda apropiada, de sintonizar con las necesidades y deseos de los liderados, presentándoles un enemigo sobre quien descargar la agresividad al tiempo que se cohesiona al grupo en torno al líder precisamente por la existencia de ese enemigo.

Eso es, en resumidas cuentas, lo que parece estar sucediendo en los Estados Unidos sobre todo a partir del “11 de septiembre” aunque estos comportamientos de los líderes y de los ciudadanos “a la búsqueda del enemigo perdido” no pueda atribuirse sólo a la frustración e inseguridad generadas por dicho ataque. Los problemas de la sociedad estadounidense son mucho más de fondo y el sistema político parece moverse hacia un sistema de partido cuasi-único.⁷ La pérdida del enemigo comunista fue seguida por la búsqueda de un enemigo que

⁶ También aquí es interesante el estudio del desviante, del hereje, cismático o apóstata y de cómo re-crea un grupo para sentirse de nuevo apoyado en sus creencias igualmente no demostrables según los criterios de las ciencias lógico-experimentales.

⁷ Por lo menos, sin oposición (Ferguson, 2003), con apoyos importantes en los medios de comunicación y las grandes empresas y con un discurso creíble que encaja muy bien con lo que los estadounidenses quieren oír. (Krugman, 2003).

diera cohesión a una sociedad que, por su individualismo —gregario—, tiene notables tendencias centrífugas.

Es imposible no encontrar analogías entre esta forma particular de individualismo que incluye el gregarismo (Riesman, 1950; Mitscherlich, 1963) y el colectivismo oligárquico que se le atribuye a Immanuel Goldstein en la tantas veces citada novela *Mil novecientos ochenta y cuatro*. En particular, la analogía con el uso de la guerra permanente como medio de mantener la sociedad en paz (“guerra es paz”), para lo cual se reescribe la historia cuantas veces haga falta. Como lo importante es esta guerra continua, lo de quién sea el enemigo es secundario: el enemigo será el que más convenga en cada caso; lo que importa es que haya enemigo y que sea aceptado como tal por los ciudadanos relevantes para el caso. Que antes era enemigo de nuestros valores porque eran comunistas y ahora son enemigos de nuestros valores porque son terroristas, no implica ninguna definición refinada ni de terrorismo ni de comunismo, sino una caracterización audiovisual y emotiva que movilice a las personas a “envolverse en la bandera”.

Lo que hace la situación particularmente preocupante es que el enemigo, ahora, es todavía más abstracto, ubicuo y eterno que cuando el enemigo era el comunismo (o “los rojos”). Ahora es el terrorismo (o «los musulmanes fanáticos»). Por eso es tan importante volver a la *National Strategy for Combating Terrorism* que el Departamento de Estado dio a conocer en febrero de 2003 y que está accesible en la página web de dicho Ministerio (www.state.gov).

En primer lugar, no hay, en el documento, una definición unívoca de terrorismo. Las listas “oficiales” que se conocen han sido cambiantes. Se han visto movimientos que eran incorporados y movimientos que, posteriormente, eran excluidos de la tal lista. No es exagerado pensar que la definición puede servir para cualquier movimiento en cualquier momento, mucho más conociendo la práctica de la doble moral por parte del gobierno de los Estados Unidos (Kosovo sí, Chechenia no; invasión de Kuwait no, invasión de Palestina sí; juicio a Noriega sí, juicio a Pinochet no; talibanes antisoviéticos sí, talibanes anti-Unocal no, etcétera).

En segundo lugar, se da por supuesto que el fenómeno seguirá existiendo siempre, aunque el objetivo de la estrategia sea reducirlo en ámbito y capacidad hasta dejarlo en un ámbito local

extra-estadounidense que no suponga ningún tipo de merma de la seguridad de los ciudadanos estadounidenses y de sus intereses, que es el objetivo explícito de la estrategia tal y como aparece en el documento. Pero el punto de vista del documento es que ese tipo de violencia es endémico y va unido prácticamente a la naturaleza humana.

Parece claro que esta definición del enemigo (en este caso, del enemigo principal) tiene base empírica: los movimientos llamados “terroristas” existen. El metaconflicto, en muchos casos, existe también. Pero también parece claro que hay una construcción deliberada de este enemigo para justificar desde los recortes a las libertades públicas que se observan en todo el mundo hasta el nuevo despliegue de las fuerzas estadounidenses para afrontar, en términos locales, es decir, los estadounidenses, un problema que se supone es global. Su función es igualmente clara: cohesionar al país dotándole de una amenaza continua y difusa (“guerra es paz”), y mantener el liderazgo de un grupo particular que Orwell no dudaría en llamar el Partido Interior.⁸

Resumiendo

Partiendo de enemigos convencionales que, después, pueden ser abordados desde la perspectiva de la resolución de conflictos en contextos educativos o en cualquier otro contexto, se ha llegado a una situación que es particularmente importante para la comprensión del mundo contemporáneo, a saber, la de la construcción de un enemigo por parte del gobierno de los Estados Unidos con la colaboración de sus medios de comunicación y todo el equipamiento propagandístico del que se da buena referencia tanto en la página de la Casa Blanca (www.whitehouse.gov) como en la del Departamento de Estado

⁸ Hay muchas diferencias con el modelo de la novela. Por ejemplo, que ahora hay más protestas (Schuler, 2003). Otras pueden ser más dudosas: en la novela, la oposición de Immanuel Goldstein acaba sabiéndose que, de algún modo, es una elaboración del mismo sistema... que necesita alguna forma de oposición. Ahora es más difícil aceptar que estos enemigos (Noriega, Osama bin Laden, Sadam Husein) hayan seguido siendo agentes de los Estados Unidos. Lo fueron en su origen, pero no está tan claro que lo fueran después. No es seguro que se trate de ejemplos del “aprendiz de brujo”.

(www.state.gov), en este último caso, a propósito de la “diplomacia pública”.

El terrorismo, como enemigo construido, se basa en el comportamiento observable (y violento en muchos casos) de determinados grupos definidos en términos lingüísticos (árabe) o religiosos (musulmán), pero no exclusivamente y sin que dichos grupos agoten la posibilidad de un enemigo. El punto de partida no es el “11 de septiembre” (Tortosa, 1999), sino que se enmarca en varios conflictos y metaconflictos anteriores que van desde el conflicto palestino-israelí a la vieja violencia estructural del norte contra el sur o centro contra la periferia.

Debido a coyunturas particulares dentro de la sociedad estadounidense (desigualdad, problemas sociales y económicos), la tendencia de siempre observada en los políticos estadounidenses de buscar (y encontrar) un enemigo que cohesione la política local, se ve acrecentada por el hecho dramático de una agresión tan importante del sur contra el norte o de la periferia contra el centro, cuando lo habitual ha sido lo contrario en los últimos quinientos años, a saber la violencia directa y estructural del centro contra la periferia. A esto se añaden los beneficios electorales que reporta el uso de la reacción ultranacionalista provocada por dicha agresión y por su manipulación mediática.

Los medios de comunicación, aquí como en otros casos, se muestran particularmente aptos para ser usados aunque con la autocontención bien conocida para no salirse de lo aconsejable (por ejemplo, no mostrando, voluntaria y conscientemente, imágenes de muertos en dicha agresión). Una vez producido el ataque, los medios y el grupo político dominante plantearon a coro una ultra-afirmación de la propia identidad, una sospecha de “antiamericanos” para cualquiera que no comulgara con sus ideas y una presentación de sucesivos “enemigos” (en el sentido de objetos de agresión en campo de batalla) que fueron, primero los talibanes y Al Qaeda y después Sadam Husein y el Baaz, propuestos, falsamente —por cierto—, como aliados de los anteriores.

La credulidad del *other-directed* mayoritario no tiene límites y ése podría ser un buen objetivo pedagógico general para nuestras sociedades “sin padre” o “sin Superego”, a saber, la generación y afianzamiento de personas *inner-directed*, capaces de hacer sus

propios juicios, receptoras críticas de los mensajes de los medios de comunicación y, aunque ancladas en grupos e instituciones, no necesitadas de ese anclaje para tener convicciones personales e intransferibles, al tiempo que distantes ante cualquier tipo de autoridad y, por supuesto, de cualquier forma de autoritarismo que, como se sabe desde los tiempos de *The Authoritarian Personality* (Adorno, 1950),⁹ es característica tanto del que manda con arrogancia como del que se somete servilmente, pudiendo ser la misma persona pero en posiciones sociales diferentes. La personalidad autoritaria no se da sólo en la llamada “derecha” sino también en la llamada “izquierda” y, en cualquier caso, estará dispuesta a hacer lo que le ordene el jefe (que, como decían los fascistas italianos, no se equivoca nunca –“*il Duce non si sbaglia mai*”-), incluso el tomar como enemigo a alguien que nada tiene para serlo más allá de las visiones e intereses del jefe. La reacción observable, a escala mundial, contra las libertades públicas forma parte de este auge del autoritarismo sin color político a escala mundial, pero con sus propias características para el caso de los Estados Unidos.

jm.tortosa@ua.es

José María Tortosa Blasco. Catedrático de Sociología de la Universidad de Alicante, España.

Recepción: 27 de septiembre de 2003

Aprobación: 8 de noviembre de 2003

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. *et al.* (1950), *The Authoritarian Personality*, Nueva York: Harper & Brothers.
- Cyrułnik, Boris (2002), *Los patitos feos la resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*, Barcelona: Gedisa.
- Deconchy, Jean-Pierre (1980), *Orthodoxie religieuse et sciences humaines*, Paris-La Haye, Mouton.

⁹ Como las obras citadas de Sherif, Merton, Riesman y Mitscherlich, esta vuelve a ser relevante para entender la actualidad.

- Eco, Umberto (23 de junio de 2003), "El balde y el agua sucia", en www.rebellion.org/internacional/030625eco.htm
- Ferguson, Sarah (2003), "*The anti-Bush campaign kicks off*", en *Village Voice*, 24 de junio.
- Freud (1921), "Psicología de masas y análisis del yo", en Freud (ed.), *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- González, Susana (2001), "Ocupa el DF el segundo sitio en linchamientos", en *La Jornada*, 7 de septiembre.
- Greenberg, Eva (2003), "Conversación entre Hermann Goering y Gustave Gilbert", en *La Insignia*, en www.lainsignia.org/2003/abril/int_023.htm
- Grossman, Dave (1995), *On killing. The psychological cost of learning to kill in war and society*, Nueva York: Little, Brown and Co.
- Krugman, Paul (2003), "*Toward one-party rule*", en *The New York Times*, 27 de junio.
- Merton, Robert K. (1964), *Teorías y estructuras sociales*.
- Milgram, Stanley (1980), *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Mitscherlich, Alexander (1963), *Auf dem Weg zur einer Vaterlosen*, Gesellschaft, Mèunchen, R. Piper.
- Piris, Alberto (2003), "El engaño permanente", en *La Estrella digital*, 24 de junio.
- Riesman, David (1959), *Other-directed de The Lonely Crowd*.
- Schuler, Michael (1984), "*Protesting may be our final distinction from '1984'*", en *Madison Capital Times*.
- Sherif, Muzaffer (1935), *Conformity*.
- Tomasky, Michel (18 de junio del 2003), "Caving In. Guess who's appeasing the Taliban now?", en *The American Prospect*, en www.prospect.org/print-friendly/webfeatures/2003/06/tomasky-m-06-18.html
- Tortosa, José María (2003), *Violencias Culturales*, Quito: Abya Yala.
- _____ (2000), "Guerras por la identidad de la diferencia a la violencia", en Aguirre, Mariano (ed.), *Globalización y sistema internacional. Anuario CIP 2000*, Barcelona: Icaria, 99-112 pp.
- _____ (2002), "Recomendaciones para el estudio de las violencias", en *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, núm.10, 19-36 pp.
- _____ (1999), "El Islam ¿enemigo de Occidente?", en *Papers*, núm. 57, 75-88 pp.
- Voltaire (1976), *Diccionario Filosófico*, Madrid: Akal.